

Investigadores y educación en un mundo en crisis

En sus reflexiones sobre la educación, Zygmunt Bauman (2013) continúa examinando los impactos provocados en el orden social actual, por el período de transición histórico nombrado bajo la metáfora de la modernidad líquida; caracterizado por vivir en un estado de múltiples crisis en la que los presupuestos e instrumentos que otrora ofrecían seguridad han dejado de operar. Señal inequívoca de que nuestra época está enfrentando un momento de “interregno”, término gramsciano retomado por Bauman y que define un período “en el que las viejas formas de hacer las cosas dejan de funcionar adecuadamente, pero las nuevas —y más eficaces— que están por venir aún no están disponibles” (Bauman y Bordoni, 2016, p.106); dejando a las persona abandonadas en una especie de “desnudez social”, dominados por la sensación de incertidumbre e ignorancia en relación a las decisiones correctas que deberían tomarse para transitar a ese otro período que estaría por venir y que todavía se torna nebuloso e impredecible.

Sin embargo, con la incertidumbre también cohabita la esperanza que no es otra más que la necesidad de intervención que también está presente en los tiempos de crisis. Y es precisamente en el lado esperanzador del mensaje de Bauman, en el que busco apoyar mi reflexión sobre la necesidad de agencia de los docentes-investigadores para estimular la intervención y contribuir con la búsqueda o construcción de caminos que permitan dar “el paso correcto hacia adelante”. (Bauman y Bordoni, 2016, p.125)

La pregunta por la investigación se apoya en una reflexión personal basada en la observación del modelo de educación superior colombiano, que de seguro es similar al de la mayoría de países latinoamericanos. Los investigadores, en un alto porcentaje, asumen también la honrosa

labor de educar a las generaciones del futuro. No obstante, en su día a día los docentes también deben responder al cumplimiento de diversos indicadores para lograr consagrarse como parte del mundo científico, al que no todos logran ingresar y en el que también juegan un lugar central las relaciones históricas de poder evidenciado en los niveles de profunda desigualdad que separa a los países, universidades y centros de investigación de la periferia mundial con relación a los investigadores del norte global. Siendo quizás una excepción países asiáticos como China y Japón, que han sabido generar estrategias de competitividad para ganarse espacios importantes en las listas *top* de investigación mundial.¹

Para evitar la sensación de queja o resignación lastimera por el lugar periférico que ocupa América Latina y en específico Colombia en el mundo científico, que en absoluto es la intención de este escrito, retomo el hilo de mi reflexión. La presión por la alta productividad que se exige desde indicadores establecidos por diversas entidades nacionales e internacionales hace parte del modelo de competitividad y eficiencia que fueron impulsados por el neoliberalismo que ubicó al mercado como único motor capaz de conferir el desarrollo mundial (Bauman y Bordoni, 2016). En el espacio de la investigación, esto ha significado una medición constante de la producción de nuevo conocimiento y su impacto en la comunidad científica, siendo éstos los que determinan la posición a ocupar en los diversos *rankings*, produciendo las ya conocidas clasificaciones de universidades élite, artículos *tops* e investigadores seniors, entre otras.

Al sucederse en los años setenta del siglo xx el debilitamiento del Estado en su papel de detentor del poder por parte del mercado, el mundo entero se vio abocado a cambios significativos ocasionados en parte por los procesos de desregulación y de privatización, en los que el Estado fue deslegitimado en su capacidad de resolver las crisis, perdiendo el instrumento que posibilitaba una intervención efectiva: la fusión entre política y el poder (Bauman y Bordoni, 2016). Y para que esto calara hondo, culturalmente fuimos presenciando la transformación de valores como la solidaridad y la colectividad por los de competitividad, libertad y extremo individualismo. Situación que sin duda también impactó las políticas educativas, viéndose reflejada en aspectos como la privatización de la educación, la enseñanza de valores afines al modelo del poder del mercado y en la disminución del presupuesto para las universidades públicas y la investigación.

De esta forma, el lenguaje inherente al mercado se fue tomando la cotidianidad de las universidades, naturalizando en las relaciones entre directivas, docentes, perso-

¹ Para evidenciar como la ciencia ha sido un tablero estratégico de los centros de dominación mundial, baste darle una mirada a las mediciones de SCImago-Institutions Rankings (SIR), desarrollado por el grupo de investigación SCImago LAB a partir de la base de datos Scopus o al Ranking Académico de las Universidades del Mundo (Academic Ranking of World Universities - ARWU). Esto para enumerar solo dos ejemplos, del amplio universo de *rankings* mundiales encargados de establecer los indicadores que seguirá la medición y de dar a conocer los resultados bajo el formato ya bastante conocido de las listas *Top*.

nal administrativo y estudiantes. Fue así como los espacios de reunión de comités y grupos de investigación pasaron asemejar negociaciones entre inversionistas, analistas financieros o asesores comerciales. Palabras como alta productividad, vinculación de investigadores *top*, estrategias de marketing para el posicionamiento de investigadores y artículos, valor de los productos, peso de la producción, valor de incentivos por determinado producto y publicar en el *top 5* de las revistas, pasaron a formar parte del día a día de la docencia y la investigación.

Bajo el modelo de productividad y eficiencia de los recursos, a los docentes investigadores no solo se les paso a exigir alta productividad investigativa sino también tiempo de clases con los estudiantes, labores administrativas, búsqueda de financiación para los proyectos, asesorías de tesis de pregrado y posgrado, gestión de líneas y grupos de investigación, vinculación a redes científicas nacionales e internacionales reconocidas, continuar sus estudios de doctorado o posdoctorado, según sea el caso; y proponer, desarrollar y participar en eventos internacionales, nombrando aquí solo aquellas actividades que salen a relucir en las conversaciones entre colegas. Lo cierto es que al leer este listado de funciones la sumatoria de ocho (8) horas de trabajo diarias tiende a no cuadrar muy bien.

A medida que toman aliento las mediciones de los triunfos basados en la competitividad económica que tiene a la eficiencia como principal cronómetro, herencia del proyecto neoliberal que impulsó la globalización, la crisis, que no es otra que el derrumbe de toda sensación de estabilidad, confinándonos en el universo de la incertidumbre, ha impactado de manera catastrófica a los jóvenes, abandonados a las lógicas del mercado bajo un sistema educativo que también sigue la lógica de la competitividad.

Si bien existe una opinión generalizada respecto a la importancia que recubre “la labor del docente investigador en la formación de los profesionales” (Hernández, 2009, p.3), no puedo más que preguntarme ¿si el modelo actual de medición de la investigación, que sigue la lógica de la productividad y eficiencia, logra poner en tensión su quehacer como docentes? Siendo quizás el centro neurálgico de este interrogante la contradicción que señala Bauman cuando llama la atención de que si la crisis se caracteriza por la sensación de “incertidumbre” e “ignorancia” respecto “a la dirección que están a punto de tomar los acontecimientos” (Bauman y Bordoni, 2016, p.18), ¿cómo sacarle provecho a su variable positiva para crear oportunidades de intervenir seleccionando las medidas correctas para tomar las decisiones más adecuadas, si no sabemos qué es lo más adecuado ni qué decisiones son las más correctas en tanto estamos afrontando una sensación de vivir en medio de la incertidumbre y la ignorancia?

Sin intentar responder esta contradicción, considero que esta deja entrever el lugar que debe ocupar el docente investigador en la crisis actual: abocarse en la formación de las nuevas generaciones para buscar soluciones a los problemas que enfrenta el

mundo y que afecta de manera especial a los más jóvenes situándolos en una posición de extrema vulnerabilidad. Está bien que los docentes investigadores no descuiden los instrumentos de medición, pero cuidando de no perderse al convertirlos en el centro convirtiéndose así en parte de la enfermedad que ha causado la crisis global actual.

Los docentes investigadores deben jalonar propuestas que experimenten puertas de salida que si no son lo suficientemente sólidas, logren al menos construir ventanas de escape que otorguen a los más jóvenes el tiempo necesario para que sean ellos los encargados de encontrar soluciones y alternativas, que sirvan de luz para comprender el mundo que vendrá y para crear los instrumentos necesarios para vivir un mundo mejor; agenciando las alertas más convenientes para prevenir amenazas como las que hoy languidecen a la humanidad.

Janeth Restrepo Marín
Editora

Referencias

- Bauman, Z. (2013). *Sobre la educación en un mundo líquido*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. y Bordoni. C. (2016). *Estado de crisis*. Barcelona: Paidós.
- Hernández, I. (2009). El docente investigador en la formación de profesionales. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 27, 1-21. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194215432011>